 Tiempo de lectura: 4 min.

Una reflexión sobre Rm 12,12: «Alegraos en la esperanza, sed constantes en la tribulación, perseverantes en la oración».

Detengámonos un momento en estas pocas palabras. Volvamos a leerlas despacio, dejando que cada una encuentre su lugar dentro de nosotros: *alegres... constantes... perseverantes*. Son palabras breves, escritas por Pablo a la comunidad de Roma, que encierran todo un camino. Son como puntos cardinales ofrecidos a quien teme haber perdido el rumbo.

Y cuántas personas sienten hoy esa desorientación. Vivimos en una época rica en posibilidades, conocimientos y herramientas y, sin embargo, a menudo pobre en referencias compartidas. Nos llegan a todas horas informaciones, propuestas y promesas de felicidad, y nos cuesta distinguir lo que permanece de lo que pasa. Todo se acelera. Crece la incertidumbre y la vida se fragmenta. Y algo dentro de nosotros se debilita: la capacidad de esperar, perseverar y confiar.

Pablo no nos ofrece una fórmula que consuele por un instante. Nos entrega una regla de vida. No nos pide que huyamos del mundo, sino que lo habitemos con el corazón bien orientado. *Esperanza, constancia, oración*: entrelazadas como una cuerda de tres cabos que no se rompe fácilmente.

Alegres en la esperanza

Alegraos en la esperanza. La primera palabra es una invitación a la alegría. No a una alegría superficial, sino a esa alegría serena que nace de una certeza: Dios es fiel. Nuestra vida tiene sentido. Ninguna situación, por oscura que sea, queda definitivamente fuera del alcance de su mano salvadora.

Dejemos que esta certeza cale hondo. La historia no es una sucesión casual de acontecimientos; nuestra existencia no está abocada al vacío. Caminamos hacia una plenitud que no construimos solos: la recibimos como promesa y la acogemos como don. Y precisamente por eso la esperanza no nos aparta de los compromisos

de cada día. Al contrario, nos los devuelve para vivirlos con mayor libertad y responsabilidad.

Quien espera puede sembrar incluso cuando aún no ve la cosecha; amar sin poseer; servir sin buscar recompensa. La esperanza nos libera de la ansiedad del «todo y ya», nos educa en una espera fecunda, paciente y confiada: como la del agricultor que aguarda con constancia el precioso fruto de la tierra.

Estar alegres en la esperanza significa, entonces, custodiar en el corazón una alegría capaz de atravesar incluso las lágrimas. Es la alegría de quien sabe que el mal no tendrá la última palabra. Una alegría humilde, a veces silenciosa, pero asentada sobre una roca: la presencia de Dios.

Constantes en la tribulación

La esperanza cristiana no borra la tribulación. No promete a nadie una vida sin pruebas. Nos pide algo más humilde y, al mismo tiempo, más grande: permanecer *constantes* en medio de la prueba.

La constancia es la fuerza silenciosa de quien permanece fiel cuando el camino se hace cuesta arriba. Es no abandonar el bien solo porque requiere tiempo, sacrificio y paciencia. Cuando todo a nuestro alrededor nos empuja a descartar lo que no da resultados inmediatos, el creyente da testimonio del valor de la fidelidad: en las relaciones, en la vocación, en el servicio, en la educación y en el compromiso con la justicia.

La tribulación tiene muchos rostros, y cada uno de nosotros conoce alguno. La enfermedad. La soledad. El fracaso. Las incomprensiones. La crisis de fe. El esfuerzo de acompañar a quien sufre. Y también las tribulaciones que pesan sobre pueblos enteros: la guerra, la pobreza, las migraciones forzadas, la violencia, las desigualdades y la desconfianza en el futuro. Ante todo esto, el discípulo no puede mirar hacia otro lado. La indiferencia no es un camino evangélico.

La constancia según el Evangelio se convierte, entonces, en presencia: la capacidad madura de permanecer junto a quien sufre, sin huir. Es el valor de defender la dignidad de la persona cuando parece que nadie la ve. Es la fidelidad al Evangelio incluso cuando su palabra parece débil, incómoda y contraria a las tendencias

dominantes.

Perseverantes en la oración

Pero ¿de dónde nacen la esperanza y la constancia? No de la sola fuerza de voluntad. Necesitan una fuente más profunda, y Pablo la nombra: *perseverantes en la oración*. Sin oración, la esperanza corre el riesgo de reducirse a un optimismo ingenuo y la constancia, a una obstinación sin sentido. En la oración, en cambio, reconocemos con gratitud que Dios sostiene nuestra vida.

Orar es volver cada día a la fuente. En el silencio y en la escucha de la Palabra aprendemos a distinguir lo urgente de lo verdaderamente importante. La oración no es una varita mágica que cambia las circunstancias. Es el espacio sagrado en el que Dios nos transforma: cambia nuestra mirada, ilumina el corazón y nos enseña a leer la historia no desde nuestros miedos, sino a la luz de su fidelidad.

Perseverar en la oración significa permanecer también en los tiempos de sequedad, distracción y silencio, cuando no llega ningún consuelo. Es precisamente ahí donde la oración se purifica: elegimos confiar en Dios por lo que Él es, y no solo por lo que nos da.

La oración perseverante se convierte así en relación, entrega y disponibilidad. Y no nos encierra en un espacio intimista. El verdadero encuentro con Dios madura siempre en una llamada a encontrarnos con los hermanos: los pobres, los jóvenes desorientados, las familias heridas, quienes han perdido la esperanza. La verdadera oración abre los ojos, educa en la compasión y conduce al servicio.

Una brújula para nuestro tiempo

En un mundo sin brújula, el cristiano no pretende tener todas las respuestas. Da testimonio, sencillamente, de haber encontrado un rumbo. Y ese rumbo tiene un rostro y un nombre: Cristo, en quien el sufrimiento es atravesado por el amor y la muerte se abre a la resurrección.

El creyente no impone certezas con arrogancia. Ofrece un testimonio creíble: alegre sin ser ingenuo, constante sin volverse rígido, orante sin desentenderse de la

historia. Con su vida muestra que es posible vivir de otra manera.

En la desorientación de nuestro tiempo, Pablo nos entrega una brújula sencilla y profunda. Tomémosla en nuestras manos y dejemos que guíe nuestros pasos: esperar con alegría, resistir con amor, orar sin cansarnos.